



Carta a mi amiga Loli sobre la contemplación dominicana

Fray Francisco Rodríguez Fassio, O.P.

Querida Loli:

Hace unos años acompañe tu proceso personal; desde aquel momento fuerte que supuso tu confirmación “Dios se metió de rondón en mí vida y no hay inquilino más pesado” hasta este momento en que te preguntas qué quiere más en concreto de ti.

Te sientes atraída por la vida de clausura. Dices que has comprendido que Dios no puede reducirse a ser un motivo para otra cosa como para ser más bueno, o mejorar el entorno sino que es el primer prójimo, y que como todo prójimo debe ser amado por Él mismo. Afirmas que desde que ves a los otros y a nuestra sociedad desde Él, descubres en todo y en cada uno su profundidad y dignidad insondables. Sientes que en su cercanía se te regala una capacidad de amar que supera todas tus posibilidades afectivas y te permite sentirte cerca y servidora de hombres y mujeres, ricos y pobres, malos y buenos.

Pero, ¿dónde vivir esa llamada? Eres consciente de que las diferentes órdenes contemplativas no se distinguen únicamente por el color del hábito o las costumbres particulares. Cada carisma es un camino. ¿Cuál es el trayecto en el que te espera Dios?

Conoces nuestra Orden desde hace tiempo y sabes del nacimiento y el puesto en ella de nuestras monjas. Te gusta nuestro estilo, pero quieres que te responda a dos preguntas: En primer lugar, ¿en qué se caracteriza, nuestra contemplación, en cuanto dominicana? ¿En qué se diferencia una dominica de clausura de una benedictina, una carmelita o una cisterciense? A ti te gustan las cosas claras, y no te convence ser dominica sin ser contemplativa.

Y en segundo lugar, si los dominicos y dominicas son la Orden de Predicadores, ¿cómo se realiza esa predicación en la clausura? No te gusta ser las cosas a medias: si te firmas como predicadora, quieres serlo hasta el fondo. Es decir, tampoco quieres vivir como contemplativa sin ser dominica.

Es difícil explicar ciertos temas porque tocan la vida y el corazón, que son insondables. Por eso creo que para acercarnos a la contemplación puede ayudarnos el grito del salmista: “Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no escondas tu rostro”. Éste es el deseo de todo contemplativo, conocer personalmente a Dios como un amigo conoce cara a cara al amigo, para vivir en intimidad con él y comulgar totalmente, con la visión y la acción de Dios sobre el mundo. Un deseo que se realiza en un recorrido que empieza en una invitación que oímos en el centro de nuestra vida y una búsqueda de ese rostro en todo y a través de todo.

Para nosotros, dominicos y dominicas, querida Loli, la contemplación adquiere unos matices especiales. Si en Domingo, como hombre del Espíritu, reconocemos a aquel que nos descubre nuestro propio camino del Evangelio, es en la contemplación de Nuestro Padre donde encontramos las características de nuestra contemplación.

¿Cómo es el rostro de Dios que se le presenta a Domingo? Fray Angélico nos lo muestra en su famoso fresco en la entrada del convento de San Marcos de Florencia, situado precisamente allí como tarjeta de visita para todo el que se acerque y se pregunte quiénes son los dominicos, qué hacen y por qué lo hacen. Conoces esa pintura. Un Crucificado que establece un diálogo de miradas con Domingo arrodillado a los pies de la cruz, abrazado al madero. Todo está dicho en las expresiones de ambos: misericordia, amor, invitación por parte de Cristo, compasión, disponibilidad, comunión profunda por parte de nuestro Fundador.

Es curioso que Fray Angélico no haya pintado nunca a Santo Domingo predicando. No hace falta. Domingo ve el rostro de Dios en el rostro sin rostro de Jesús crucificado a causa de su entrega a los hombres. Es el rostro de la Dama Misericordia, con la que se unirá indisolublemente lo mismo que Francisco con la Dama Pobreza.

Su oración, en su radicalidad, dedicación y contenido brotan de esa experiencia: "Señor ¿qué será de los pecadores?". ¿Qué va a pasar con el hombre que corta su relación con la vida, la luz, la verdad...? Es la conciencia aguda y lacerante de un doble dolor: el del ser humano perdiéndose como hermano y como hijo, y el dolor del Padre ante la tragedia de sus hijos. En medio, Domingo solidario con la pasión de los hombres y con la pasión de Dios por los hombres.

Ante esta realidad, la contemplación de Domingo no se tiñe de pesimismo, sino de urgencia apostólica. Sabe que Dios ya está actuando desde el principio en una lucha a muerte contra el mal y la inhumanidad, que ya ha dicho su única Palabra, que es salvación. Domingo se siente comprometido a ser sílaba de esa única Palabra, que tiene que ser dicha y realizada. Para él, ser contemplativo, buscar el rostro de Dios que aparece en el Crucificado, es convertirse en predicación él mismo por la palabra y el ejemplo: "Hacía frecuentemente a Dios nos dice Jordán de Sajonia una súplica especial: que se dignara concederle la verdadera y eficaz caridad, para cuidar con interés y velar por la salvación de los hombres. Pensaba que sólo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo, cuando pusiera todo su empeño en desgastarse para ganar almas, al modo como el Señor Jesús, Salvador de todos, se inmoló totalmente por nuestra salvación".

De esta experiencia fundamental se desprenden las notas de la contemplación dominicana. Su contenido es Dios salvando a los hombres, el Dios de la Biblia que es esencialmente amor clemente y misericordioso. No es el Dios de los filósofos ni la última profundidad de mi ser interior, sino el padre-madre que Jesús ha descrito con la parábola del hijo pródigo. El Dios que, tanto amó al mundo, que le entregó a su Hijo.

Este Dios se manifiesta en la historia y en el mundo. Nuestra contemplación, como se ve en toda nuestra tradición dominicana, no ha buscado nunca una unión con la divinidad al margen y por encima de nuestra realidad de hombres. Los dominicos tomamos en serio el dogma de la Encarnación. Si Dios es misericordia salvadora, únicamente en esta tarea de la salvación en la historia nos encontraremos y relacionaremos con Él. Barth decía que el teólogo habría de tener la Biblia en una mano y el periódico en la otra. Los dominicos y por supuesto también la dominica de clausura debemos ser, amiga Loli, personas que tienen la Palabra en una mano, el periódico en la otra, los pies en el suelo y a Dios en el corazón.

Por este realismo que engloba toda la vida, los dominicos no hemos separado tampoco el camino del hombre que busca a Dios con su inteligencia, de la senda de la fe y la contemplación. Para nosotros, contemplación es vivir de la fe iluminada que alumbra nuestras búsquedas más hondas y humanas. En una existencia en la que todo se hace desde la comunión con el Dios crucificado y resucitado, la mística es la conciencia progresiva de esa comunión, la ética es el seguimiento de Jesús predicador pobre e itinerante en compañía de sus discípulos y discípulas, la comunidad fraterna es la atmósfera y la predicación la coherencia consecuente.

Viendo y siguiendo a Domingo, comprenderás, mi querida amiga, por qué Tomás de Aquino pudo superar una falsa disyuntiva entre vida activa y contemplativa que, subrepticamente, conlleva el error de separar y, a veces oponer, el amor de Dios del amor al prójimo. Para ellos, la predicación fluye necesariamente de la contemplación. Más aún, para los que tienen el carisma de la *gratia predicationis*, como toda la Familia Dominicana, se tiene que afirmar que: o toda contemplación fluye en predicación, o no es tal contemplación. La razón es bien sencilla: sólo desde Dios se puede comprender visceralmente lo digno de amor que es cada hombre y sólo desde la solidaridad efectiva y sangrante con cada hombre que sufre miseria, marginación, pecado o ignorancia de su ser hijo y hermano, se puede captar lo urgentemente necesario que es Dios.

Por eso, de todas las formas de oración, las más dominicanas son las más bíblicas: la alabanza, cuando contemplamos a Dios en su verdad más profunda, como amor; la bendición al caer en la cuenta de cómo está salvando a su pueblo; y la intercesión, cuando pedimos, con los mismos sentimientos de Cristo, que Dios socorra a nuestro mundo y disponga de nosotros cómo, dónde y cuándo quiera para esta tarea.

Te he dicho antes que una predicación que no brote de la contemplación no es dominicana. Ello me hace disentir de los que llaman a nuestras monjas "la rama contemplativa de la Orden", como si los demás hermanas, hermanos y seglares no lo fuésemos por oficio y debiéramos serlo en realidad. Pero si la contemplación dominicana es esencialmente apostólica, difusiva, tampoco estoy de acuerdo con los que limitan la participación de nuestras monjas en la Orden a ser "ayuda para la predicación". Ellas son también la Orden de Predicadores, tanto y con el mismo derecho y obligación que los demás miembros de la Familia.

La contemplación apostólica creo que nos obliga hoy a plantearnos dos cuestiones. Una para todos los dominicos y dominicas, y otra especialmente para nuestras monjas.

En primer lugar, la necesidad de recuperar desde nuestra misma tradición viva, la sabiduría para educarse

como contemplativo, para la escucha de Dios, para alcanzar la “pureza de corazón” sin la cual no podemos ver a Dios, como siguiendo las Bienaventuranzas decía Juan Casiano. La obra de este autor, y con ella la doctrina y experiencia que había recogido de los Padres del Desierto, era el libro de cabecera de Domingo y de Tomás. Necesitaríamos volver a esa sabiduría del corazón que, en el fondo, es la evangelización de la persona desde su conducta a sus estratos más profundos. Una carta como ésta no es el lugar para hablarte, querida Loli, de un autor del que nunca has oído ni palabra, pero me gustaría que te sirviera de señal, de cara a tu decisión futura, de la necesidad de tomarnos cada uno de nosotros como primer lugar de misión y evangelización, antes y a la vez de dedicarse a la predicación.

En segundo lugar, creo que nuestras hermanas de clausura tienen un reto por delante: seguir descubriendo desde la contemplación apostólica que es su identidad y lo que las distingue de otras órdenes contemplativas en la Iglesia sus modos propios y nuevos de presencia y predicación. Que su predicación tenga otros modos que las demás ramas de la Familia, no significa que no tengan que sentir la urgencia de que su vida, su oración y su noticia de Dios sea captable, audible y entendible por aquellos que se interrogan o, incluso, ya no se preguntan. Si, como decía Pablo VI, el mundo no necesita maestros sino testigos, ¿cómo y dónde deben situarse y relacionarse hacia afuera los monasterios dominicanos para que sean predicación?

Muchas cosas me gustaría añadir, Loli, para que vieses la belleza de esta forma de vida religiosa “toda amplia y alegre”, que decía Catalina de Siena. Pero creo que esto es suficiente para abrirte el apetito. Te invito a seguir escuchando la voz de Dios en tu corazón y a pedir por todos los dominicos y dominicas, para que entremos de verdad en el Misterio de la Misericordia que se expande.

Tu amigo y hermano.

